XLI.

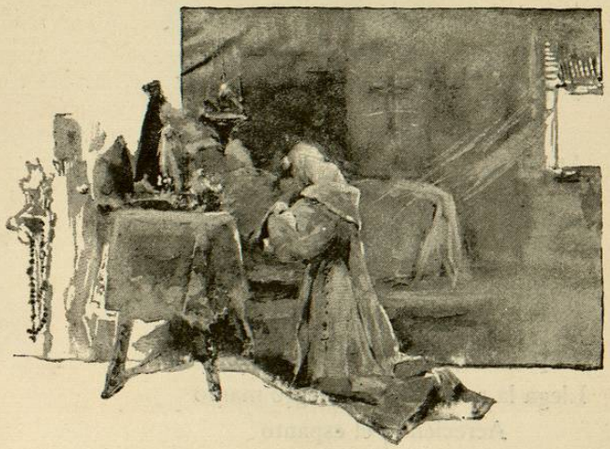
Ya se sueña feliz, cuando violento
Clava el remordimiento
Sus garras en el pecho dolorido,
Y ofusca la ilusión, y es tan agudo
Aquel dolor, que rudo
Arranca de sus labios un gemido.

XLII.

Como del puerto al encendido faro
En demanda de amparo,
Ante la imagen pura de María,
Atribulada por creciente pena,
Se arroja Magdalena
Implorando favor en su agonía.

XLIII.

Desfallecida, ante el altar de hinojos,
Y los nublados ojos
Con ardiente fervor alzando al cielo,
Á la madre de Dios envía el alma
Para pedirle calma
Y en su santo cariño hallar consuelo.



XLIV.

Y piensa que descubre, aunque de lejos,
Los pálidos reflejos
De inexplicable y mística ventura,
Y oye voces que pasan murmurando,
Apacibles calmando
Su agitación febril y su amargura.

XLV.

En su pecho renace la esperanza;
Se imagina que alcanza
Á extinguir la pasión que la devora,
Y de súbito se alza más terrible,
Mostrándose invencible
Atizando su llama hora por hora.

XLVI.

En tan hondo penar, en tal fatiga,
Y sin que mano amiga
Le preste apoyo en la mortal dolencia,
Llega la noche con su negro manto
Acreciendo el espanto
De las sombras que envuelven la conciencia.

XLVII.

Pero del alba al pálido reflejo,
Con su grato cortejo
De ilusiones fantásticas, triunfante
Vuelve el amor, y corre Magdalena,
Olvidando la pena,
Hasta la reja en busca de su amante.

XLVIII.

Se abre del templo la crujiente puerta,
Y en la nave desierta
El apuesto galán entra el primero:
Cruza frente al altar, su faz humilla,
Y luego se arrodilla
Junto á la reja, pálido y severo.

XLIX.

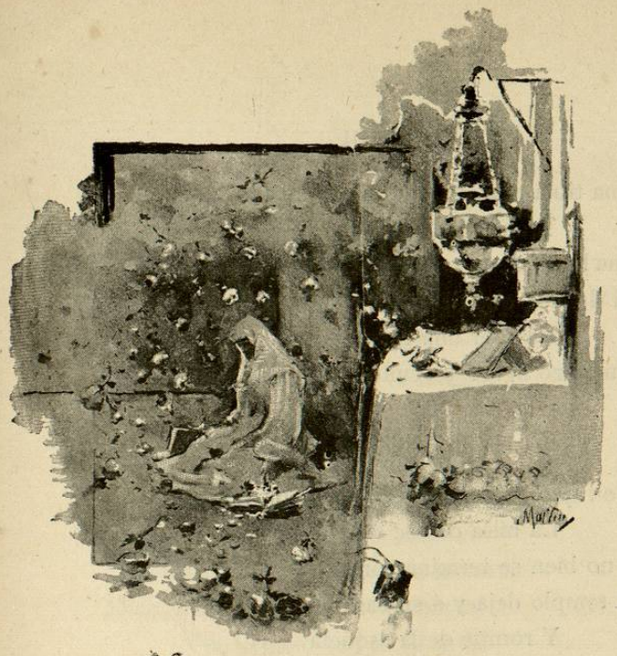
El alma en la mirada reconcentra,
Y procura y encuentra
Fulgurantes y límpidos los ojos
De Magdalena, y grata una sonrisa
Que dibuja indecisa
Plácido amor entre sus labios rojos.

L.

Y así se pasan uno y otro día;
Ella en la celosía,
Ardiente, apasionada, insacïable;
Él de hinojos, inmóvil, arrobado,
Al delirio entregado
Del éxtasis más puro é inefable.

LI.

Ahoga Magdalena en su demencia
La voz de la conciencia;
No lucha más; cesó el remordimiento,
Y á la encantada luz de sus amores
Ve cubrirse de flores
El obscuro recinto del convento.



LII.

Un mundo de placer halla en sí misma;
Se confunde y se abisma
En la imagen del hombre que es su sueño,
Y al sentir de su amor los fuertes lazos,
Mirarle entre sus brazos
Es su sola ambición, su solo empeño.

LIII.

Una tibia mañana, y cuando apenas
Tranquilas y serenas
Las luces de la aurora iban brotando,
El doncel, que del coro no se aparta,
Ve caer una carta,
Que alzó ligero y ocultó temblando.

LIV.

¡Con qué impaciencia que termine ansía
La misa de ese día!
Y no bien se termina, presuroso
El templo deja y á su casa vuela,
Y rompe de la esquela
El nuema perfumado y misterioso.

LV.

«Sol de mi vida, mi constante anhelo,
Aurora de mi cielo
—Dice la carta—el vértigo me ciega;
En vano lucho por buscar la calma;
Ven á obtener la palma
De esta mujer que á tu pasión se entrega.

LVI.

No vaciles, no temas: de este abismo
Arráncame tú mismo;
En esta noche y al sonar la una,
Por la tapia que mira al Occidente
Escala, que impaciente
En mis brazos te aguarda la fortuna.

LVII.

Feliz te seguiré; por ti desprecio
Cuanto en el mundo necio
Empeño ardiente ó ambición inspira.
Nada, contigo, nada me acobarda;
Ven presto, que te aguarda
No Magdalena ya, sino tu *Elvira.*»

LVIII.

En un inculto, abandonado huerto,
Pavoroso y desierto,
Que enmarañada envuelve la maleza
Y que pendiente y elevado muro
Le sirve de seguro,
Dando al convento linde y fortaleza,

LIX.

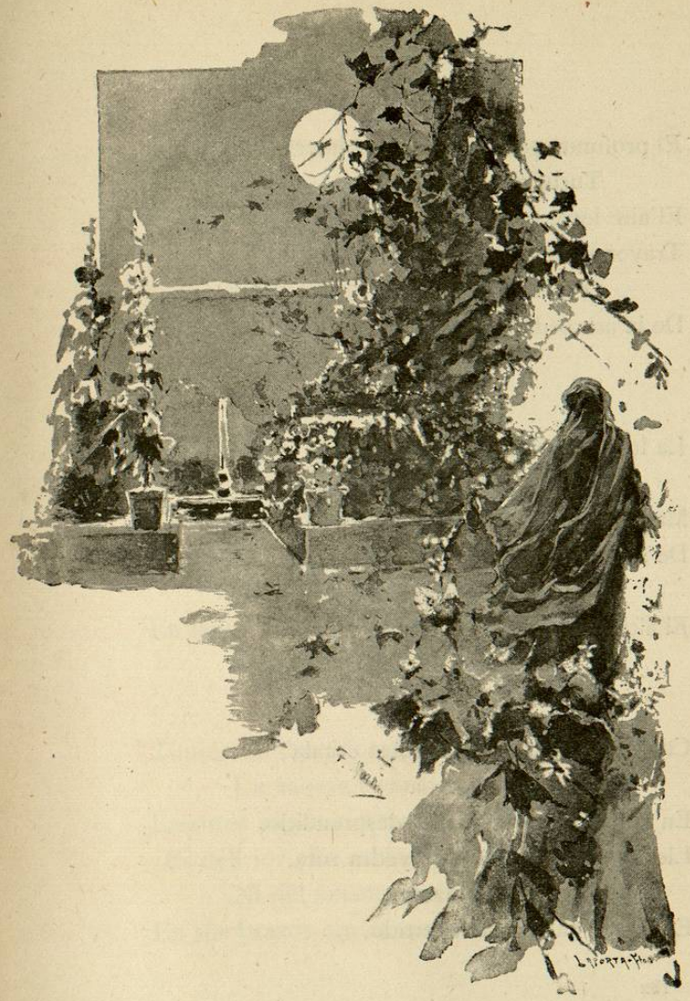
Aquella noche y al sonar la una,
Y cuando ya la luna
Pálida y al ocaso se avecina,
Leve rumor se escucha y, cautelosa,
Una sombra medrosa
En la vaga penumbra se adivina.

LX.

Es Magdalena: con febril empuje,
La maleza, que cruje,
Rompiendo va para llegar ligera
Hasta el pie de la tapia, y palpitante
El anhelado instante
Allí, temblando, entre la sombra espera.

LXI.

Dejó ya la sagrada vestidura,
Símbolo de clausura;
En negro manto su belleza envuelve;
Que ya de su pasión el desvarío,
En su anhelar impío,
Á romper con el cielo la resuelve,



LXII.

El profundo silencio de aquel huerto
Turba tan sólo, incierto,
El aire leve, con sus vagas ondas
Trayendo el eco de rumor lejano,
Ó sacudiendo ufano
De la arboleda las movibles frondas.

LXIII.

La luna en el ocaso se sepulta,
Y entre la sombra, oculta
Magdalena impaciente y esperando,
De súbito se yergue y se estremece;
Que su amante aparece
El altísimo muro coronando.

LXIV.

Cuelga el doncel la movediza escala;
Pero torpe resbala
En el musgo su planta, y desprendido,
Llevando en pos de sí la yedra rota,
El pavimento azota
En inerte cadáver convertido.

LXV.

Magdalena, aterrada, ronco y fiero
Gemido lastimero
Exhala de su pecho y se desploma,
Como herida de muerte y sin aliento
Sobre el tronco sangriento,
Cuando la luz en el Oriente asoma.

LXVI.

Vibra á poco la voz de una campana,
Que, sonando lejana,
La torna en sí de su mortal letargo,
Y tiembla Magdalena, sorprendida
De volver á la vida
En tanto duelo y trance tan amargo.

LXVII.

Tímida en derredor mira y se espanta.....
La cabeza levanta.....
Errantes vagan sus turbados ojos.....
¿Es delirio? ¿Es verdad? Ni está en el huerto
Ni del amante muerto
En sus brazos oprime sus despojos.

LXVIII.

Es aquella su celda, aquel su lecho
Incómodo y estrecho;
Su mesa y su sitial de tosco encino,
Y el cuadro de la imagen de María,
Difundiendo alegría
El resplandor de su mirar divino.

LXIX.

Y todo lo contempla absorta, muda,
Y la espantosa duda
Se agita en su cerebro y la sofoca;
Siente que débil la razón le falta,
Y de su lecho salta
Delirante, turbada, como loca.

LXX.

En la celda la luz de la mañana
Por la estrecha ventana
Se desliza apacible: Magdalena,
De la duda tenaz en el empeño,
Pensando que es un sueño,
Corre á la iglesia, de esperanza llena.

LXXI.

Él debe estar allí: ella le busca,
Y su razón se ofusca,
Porque ni está, ni llega, y terminada
La santa ceremonia, ya la gente
Se aleja lentamente,
Y llora la infeliz atribulada.

LXXII.

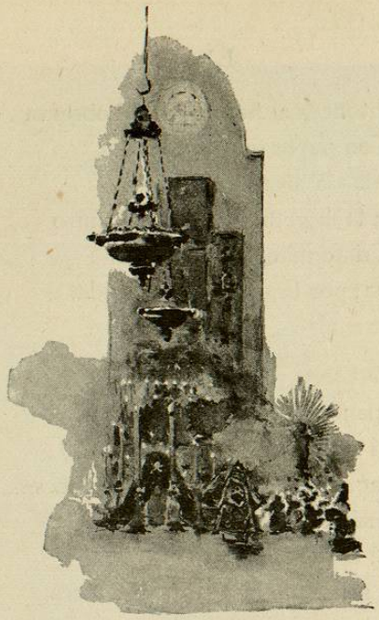
Vuela entonces al huerto, y allí observa
Con pavor que conserva
Sus pisadas la arena removida,
Destrozada la yedra, y junto al muro
Triste manchón obscuro
De hierba, por la sangre enrojecida.

LXXIII.

En espantosa confusión no acierta
Si soñando ó despierta
Está en aquel instante, y dan entonces
De la iglesia en el alto campanario
El toque funerario
En triste son los consagrados bronces.

LXXIV.

De allí se aparta vacilante y ciega,
Y cuando al templo llega
La dicen que la víspera en un duelo
Álvaro sucumbió; que del convento
Bienhechor opulento
Sus plegarias por él levante al cielo.



LXXV.

Pocos años después aún se veía
Al despuntar el día,
Tras la reja del coro arrodillada,
Semejante á fantasma silenciosa,
Humilde religiosa,
Muda, pálida, triste y demacrada.

LXXVI.

Era Sor Magdalena; su existencia,
Por oculta dolencia
Sin tregua ni descanso combatida,
Se agotaba fugaz, sin el consuelo
De explicarse en su anhelo
El terrible secreto de su vida.